El Corazón de las Tinieblas

Primera edición en Reino de Cordelia, septiembre de 2024
Título original: *Heart of Darkness* (1899)
Edición basada por la publicada en 2008 por Oxford University Press

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustraciones de © Toño Benavides, 2024

Traducción: © Susana Carral, 2024

IBIC: FA | Thema: FBA
ISBN: 978-84-19124-81-4
Depósito legal: M-16577-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Corazón de las Tinieblas

Joseph Conrad

Ilustraciones de Toño Benavides

Traducción de Susana Carral

Índice

I 11

II 87

III 147

I

La *Nellie*, un velero de dos palos (una yola de crucero), borneó sobre su ancla sin un solo aleteo de las velas y permaneció inmóvil. La marea había subido ya, el viento estaba en calma y, como se dirigía río abajo, lo único que podía hacer era detenerse y aguardar al cambio de marea.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el comienzo de un canal interminable. El mar y el cielo se fundían en el horizonte por completo y, en ese espacio luminoso, las velas teñidas de las barcazas que se dejaban llevar río arriba por la marea parecían detenerse para formar agrupaciones rojizas de puntiagudo velamen, con el destello del barniz de las botavaras. La bruma se posaba sobre las orillas bajas que llegaban hasta el mar convertidas en llanuras evanescentes. El cielo estaba oscuro en Gravesend y, más allá, parecía concentrarse en una lúgubre penumbra que se cernía inmóvil sobre la mejor, y más grande, ciudad del mundo.

Nuestro capitán y anfitrión era director de varias compañías. Permanecía de pie a proa, cara al mar, y los cuatro observábamos su espalda con afecto. En todo el río no había nada que resultase más náutico que él. Tenía aspecto de práctico, lo que para un marino constituye la fiabilidad personificada. Costaba creer que su trabajo no se desarrollaba en aquel luminoso estuario, sino más allá, en medio de la lúgubre penumbra de la ciudad.

Como ya he comentado en algún otro momento, entre nosotros existía el vínculo del mar. Además de mantener unidos nuestros corazones durante largos períodos de separación, nos volvía tolerantes ante las historias que nos contábamos los unos a los otros, e incluso ante nuestras convicciones. Debido a sus muchos años y virtudes, el abogado —el mejor de los ancianos— tenía el único cojín que había a bordo y estaba recostado sobre la única manta. El contable ya había sacado una caja de dominó y formaba figuras arquitectónicas con las fichas. Marlow se sentaba a popa con las piernas cruzadas, apoyado en el palo de mesana. Tenía las mejillas hundidas, la tez amarillenta, la espalda recta, aspecto ascético y, con los brazos caídos y las palmas de las manos hacia arriba, semejaba un ídolo. El director, tras asegurarse de que el ancla estaba bien aferrada, se dirigió a popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos unas pocas palabras dejándonos llevar por la pereza. Después se

hizo el silencio a bordo del velero. Por un motivo u otro no empezamos la partida de dominó. Estábamos de un humor contemplativo y solo nos apetecía observar relajadamente. El día llegaba a su fin con una serenidad de luz exquisita y queda. El agua brillaba sosegadamente; el cielo, sin una sola nube, era una inmensidad benigna de luz inmaculada; incluso la bruma sobre las marismas de Essex semejaba un tejido resplandeciente y vaporoso que colgaba de las colinas arboladas del interior y adornaba las orillas bajas con pliegues transparentes. Solo al oeste, la penumbra que se cernía sobre el curso alto del río se ensombrecía más a cada minuto que pasaba, como si la aproximación del sol la indignara.

Por fin, siguiendo su curvada e imperceptible caída, el sol se ocultó y de un blanco encendido pasó a un rojo mortecino, sin rayos y sin calor, como si estuviese a punto de apagarse inesperadamente, herido de muerte por el roce de esa penumbra que se cernía sobre una multitud de seres humanos.

Al instante se produjo un cambio en las aguas y la serenidad se volvió menos brillante, pero más profunda. El día declinaba y el viejo río descansaba tranquilo en su ancho curso, tras siglos de buenos servicios a la raza que poblaba sus riberas, desplegándose con la sosegada dignidad de una vía navegable que lleva a los últimos confines de la tierra. Nosotros observábamos el venerable cauce, aunque

no el intenso arrebol del breve día que llega y pasa para siempre, sino la augusta luz de los recuerdos imperecederos. Lo cierto es que nada hay más fácil para quien ha ejercido como marino con veneración y afecto que evocar el gran espíritu del pasado en el curso bajo del Támesis. El flujo de las mareas va y viene en su incesante labor, atestado de los recuerdos de hombres y navíos a los que condujo al descanso del hogar o a las batallas navales. Conoció y sirvió a todos los hombres de quienes la nación se enorgullece, desde sir Francis Drake a sir John Franklin, todos ellos caballeros, poseyesen títulos o no: los grandes caballeros andantes del mar. Transportó a todas las naos cuyos nombres son como joyas que centellean en la noche de los tiempos, desde el *Golden Hind*, que regresó con sus redondeados flancos llenos de tesoros y fue visitado por su majestad la reina, pasando a dique seco y dejando de formar parte de la gigantesca fábula del río, hasta el *Erebus* y el *Terror*, destinados a otras conquistas y que nunca regresaron. Conoció navíos y hombres. De Deptford, Greenwich y Erith zarparon aventureros y colonos, barcos reales y comerciales, capitanes, almirantes, los misteriosos traficantes o piratas del comercio oriental y los comandantes de la flota de la Compañía de las Indias Orientales. Ya buscasen oro o persiguieran la fama, todos salieron de ese cauce, empuñando la espada y a menudo la antorcha, como mensajeros del poder de la tierra y

portadores de una chispa del fuego sagrado. ¡Cuánta grandeza surcó esas aguas para adentrarse en el misterio de una tierra desconocida! Los sueños de los hombres, la semilla de las mancomunidades, el germen de los imperios.

El sol se puso, el anochecer cayó sobre el río y las luces empezaron a surgir en la ribera. El faro de Chapman, un artefacto erigido sobre pilotes en medio de la marisma, brillaba con fuerza. En el canal navegable se apreciaba un gran movimiento de luces, las de los barcos que subían y bajaban. Y más hacia poniente, en el curso alto, el lugar que ocupaba la monstruosa ciudad continuaba marcado por un cielo amenazador, por esa penumbra inquietante a la luz del sol que se vuelve refulgente resplandor a la de las estrellas.

—Este también ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra —dijo Marlow de repente.

Se trataba del único de los cuatro que aún ejercía de marino. Lo peor que podía decirse de él era que no representaba a los de su clase. Era marino, pero también vagabundo, mientras que la mayoría de los navegantes llevan, si es que puede expresarse así, una vida sedentaria. Son personas caseras y siempre portan consigo su hogar —el barco—, al igual que su país —el mar—. Los barcos se parecen mucho unos a otros y el mar siempre es el mismo. En la inmutabilidad de su entorno, las tierras extranjeras, los rostros extranjeros, la cambiante inmensidad de la

vida pasan deslizándose, aunque no velados por una sensación de misterio sino por una ignorancia levemente desdeñosa, porque para un marino no existe nada misterioso, a menos que sea la propia mar, esa amante eterna, tan insondable como el destino. En tiempo de descanso, tras su horario de trabajo, un paseo o una juerga en tierra le bastan para dominar el secreto de todo un continente y, por lo general, descubre que dicho secreto no era digno de saberse. Las historias que cuentan los marinos son de una simplicidad directa y su significado se resume en muy pocas palabras. Pero Marlow no era un marino típico (salvo por su propensión a narrar anécdotas) y para él el significado de un incidente no se encontraba en el interior, como un núcleo, sino en el exterior, envolviendo el relato que lo sacaba a la luz igual que el resplandor resalta la niebla, similar a uno de esos halos brumosos que a veces se vuelven visibles a la espectral luz de la luna.

Su comentario no resultó sorprendente. Era propio de Marlow. Lo aceptamos en silencio. Ni siquiera nos molestamos en dejar escapar un gruñido y al poco, muy despacio, dijo:

—Pensaba en un pasado muy lejano, cuando llegaron los romanos, hace mil novecientos años…, aunque parezca que fue ayer… La luz surgió en este río desde que…, ¿diríais que eran caballeros? Sí, pero es como un incendio en un llano, como un rayo en

medio de las nubes. Vivimos en pleno destello, ¡y esperemos que dure mientras la vieja tierra siga girando! Pero la oscuridad reinó aquí ayer mismo. Imaginad al comandante de un buen…, ¿cómo llamarlo?, trirreme que navega por el Mediterráneo, al que de repente ordenan que se dirija hacia el norte, que a toda prisa cruza la Galia por tierra y al que ponen al mando de una de esas embarcaciones que los legionarios, ¡vaya grupo de hombres asombrosamente habilidosos debieron de ser!, solían construir, al parecer a cientos, en el plazo de uno o dos meses, si tenemos que creer todo lo que leemos. Imaginadlo aquí, en pleno fin del mundo, con un mar del color del plomo y un cielo del color del humo, a bordo de un barco casi tan rígido como un acordeón, navegando cauce arriba con pertrechos, órdenes o lo que sea. Bancos de arena, pantanos, bosques, salvajes, muy poco que comer para un hombre civilizado y, para beber, solo el agua del Támesis. Sin vino falerno y sin poder bajar a tierra. Aquí y allá, algún campamento militar perdido en medio de las tierras vírgenes, como una aguja en un pajar. Frío, niebla, tormentas, enfermedades, exilio y muerte; una muerte que acecha en el aire, en el agua, en el bosque. Tenían que morir como moscas. Oh, sí, obedeció. Y, sin duda, lo hizo muy bien, sin pensarlo demasiado, salvo, tal vez, cuando todo terminó, para presumir de lo que había soportado. Eran lo bastante hombres como para enfrentarse a la oscu-

ridad. Puede que mantuviese el ánimo pensando en la posibilidad de ser ascendido a la flota de Rávena, si contaba con buenos amigos en Roma y sobrevivía al espantoso clima. O pensad en algún ciudadano joven y decente, vestido con toga, que tal vez se hubiese excedido con los dados y llegase hasta aquí como parte del séquito de algún prefecto o recaudador de impuestos, o incluso puede que de algún comerciante, para sanear su situación económica. Baja a tierra en un pantano, cruza bosques y en algún puesto del interior siente que la brutalidad, el más puro salvajismo, lo ha rodeado…, esa vida misteriosa de las tierras desconocidas que se agita en los bosques, en las selvas, en los corazones de los salvajes. Tampoco hay quien lo inicie en esos misterios. Tiene que vivir en medio de lo incomprensible que, además, resulta detestable. Y posee una fascinación que acaba por alterarlo. La fascinación del horror. Imaginad el pesar cada vez mayor, el deseo de huir, el asco al que no puede resistirse, la renuncia, el odio.

Hizo una pausa.

—Sin embargo —continuó y levantó un brazo desde el codo, con la palma de la mano hacia fuera, de manera que, al tener las piernas cruzadas, adoptó la postura de un buda que predica vestido como un occidental y sin flor de loto—, tened en cuenta que ninguno de nosotros nos sentiríamos exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia, la devoción a la efi-

ciencia. Pero esos muchachos no tenían demasiado peso. No eran colonos, sospecho que su administración se centraba en esquilmar, o poco más. Eran conquistadores y para eso solo se necesita fuerza bruta, y, cuando se tiene, no supone un motivo de orgullo, ya que la fuerza propia no es más que un accidente que surge de la debilidad ajena. Se apoderaban de todo cuanto podían porque podían. Se trataba de robo con violencia, de asesinato a gran escala con agravantes, y los hombres se entregaban a ello ciegamente, como resulta apropiado para quienes se enfrentan a la oscuridad. La conquista de la tierra, que casi siempre significa arrebatársela a quienes tienen un color de piel diferente o la nariz algo más chata que la nuestra, no resulta demasiado agradable cuando se la examina desde muy cerca. Lo que la redime es la idea. Una idea al fondo, que no es un pretexto sentimental, sino una idea, una creencia desinteresada en la idea, algo que es posible erigir, ante lo que poder inclinarse y ofrecer sacrificios.

Guardó silencio. Las luces de navegación de los barcos se deslizaban sobre el agua. Eran llamitas verdes, rojas, blancas, que se perseguían, se alcanzaban, se situaban a la par, se cruzaban las unas con las otras y luego se separaban despacio o con prisa. El tráfico de la gran ciudad seguía surcando el río insomne en la noche cada vez más oscura. Nosotros continuábamos observando y aguardando con paciencia: no había nada

más que hacer hasta el cambio de marea, pero fue necesario que transcurriera un prolongado silencio y que, con voz indecisa, nos dijera: «Imagino que recordaréis que en una ocasión fui marinero de agua dulce», para que supiéramos que, antes de que la marea fuese la adecuada, estábamos destinados a escuchar una de las discutibles experiencias de Marlow.

—No me gustaría molestar demasiado con lo que me ocurrió a mí en concreto —empezó a decir y con esa afirmación dejó a la vista la debilidad de tantos narradores, que a menudo desconocen lo que su audiencia preferiría escuchar—, sin embargo, para comprender mejor el efecto que me causó resulta necesario saber de qué manera llegué hasta allí, lo que presencié y cómo navegué cauce arriba de ese río hasta el lugar donde vi por primera vez al pobre hombre. Ese fue el punto de navegación más apartado al que llegué y el clímax de mi experiencia. De alguna forma fue como si arrojase una especie de luz sobre todo lo relativo a mí y a mis ideas, aunque a la vez resultó lúgubre y lastimero, en absoluto extraordinario ni demasiado claro. No, no demasiado claro. Pero pareció arrojar algo de luz.

»Como recordaréis, acababa de regresar a Londres tras una larga temporada por el océano Índico, el Pacífico y los mares de China, es decir, tras una buena dosis de Oriente que duró alrededor de seis años, y me dedicaba a haraganear, estorbándoos en el trabajo

e invadiendo vuestros hogares, como si me hubiesen encomendado la misión celestial de civilizaros. Resultó muy agradable durante un tiempo, pero al poco me cansé de descansar. Entonces empecé a buscar un barco y eso, en mi opinión, puede ser el trabajo más duro del mundo. Sin embargo, los barcos no querían ni mirarme y pronto me cansé también de ese juego.

»Veréis, de pequeño sentía auténtica pasión por los mapas. Podía pasarme horas mirando Sudamérica, África o Australia y perderme en las maravillas de la exploración. En esa época quedaban muchos espacios en blanco sobre la tierra y, cuando veía sobre el mapa alguno que resultase especialmente tentador (aunque todos me lo parecían), posaba el dedo en él y decía: "Iré allí cuando crezca". Recuerdo que el Polo Norte era uno de esos lugares. Aún no he ido y ya no lo voy a intentar. Ha perdido el encanto. Otros de esos lugares se encontraban desperdigados alrededor del ecuador y en ambos hemisferios, en cualquier tipo de latitud. He ido a alguno de ellos y… bueno, no hablaremos de eso. Pero quedaba uno, el más grande, el más vacío por así decirlo, de los que yo había anhelado.

»Cierto, por entonces ya no era un espacio en blanco. Desde mi infancia se había ido llenando de ríos, lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio vacío, misterioso y encantador, una zona blanca con la que un niño podía soñar magníficamente, para convertirse en un lugar tenebroso. Pero en él había un

río, un río grande e imponente, que se apreciaba en el mapa y recordaba a una inmensa serpiente desenroscada, con la cabeza en el mar, el cuerpo en reposo, dibujando curvas a lo largo de un territorio inmenso, y la cola perdida en el interior de la tierra. Mientras miraba el mapa de la zona expuesto en un escaparate, me fascinó como haría una serpiente con un pájaro, con un necio pajarito. Entonces recordé que existía una gran empresa, una compañía fundada para comerciar en ese río. "¡Caramba! —pensé—, no pueden comerciar en semejante cantidad de agua dulce sin utilizar algún tipo de embarcación… ¡Vapores! ¿Y si intento hacerme cargo de uno?". Continué recorriendo Fleet Street, pero no podía deshacerme de la idea. La serpiente me había hechizado.

»Esa sociedad comercial estaba radicada en el continente europeo, pero yo cuento con muchos parientes que viven allí porque, según ellos, es barato y no tan desagradable como parece.

»Lamento reconocer que empecé a molestarlos. Se trataba de una situación nueva para mí porque no estaba acostumbrado a conseguir las cosas de esa manera. Cuando quería algo, siempre había seguido mi propio camino y utilizado mis propios medios para lograrlo. Me costaba creer que fuese capaz de comportarme así. Pero sentía que debía ir allí por las buenas o por las malas. Así que los molesté. Los hombres me trataron con amabilidad, aunque no hicieron nada.

Entonces, a pesar de que pueda resultar increíble, recurrí a las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse a trabajar a las mujeres para conseguir un empleo. ¡Cielos! Pero es que la idea me dominaba. Tenía una tía encantadora y entusiasta que me escribió: "Será un placer. Por ti estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. Conozco a la esposa de un personaje que ocupa un puesto muy importante en la Administración. También a un hombre que tiene mucha influencia con…". Estaba decidida a armar el alboroto necesario para que me nombrasen capitán de un vapor, si eso era lo que yo quería.

»Conseguí el puesto, desde luego que sí, y lo conseguí muy pronto. Al parecer, la compañía acababa de enterarse de que uno de sus capitanes había muerto en una reyerta con los nativos. Era mi oportunidad y mi impaciencia por ir a esa zona aumentó. Solo varios meses después, cuando intenté recuperar lo que quedaba de su cadáver, me enteré de que la disputa original había surgido debido a un malentendido por unas gallinas. Sí, dos gallinas negras. El hombre, que se apellidaba Fresleven y era danés, consideró que lo habían perjudicado en el trato, así que bajó a tierra y comenzó a golpear con un palo al jefe de la aldea. No me sorprendió en absoluto saberlo y que, al mismo tiempo, me contasen que Fresleven era el ser humano más amable y tranquilo del mundo. No dudo de que lo fuese, pero ya llevaba un par de años en la zona

dedicándose a tan noble causa y es probable que necesitara reafirmar de alguna forma su amor propio. Por lo tanto, golpeó despiadadamente al anciano negro mientras un buen puñado de los suyos observaban atónitos, hasta que un hombre, me dijeron que era el hijo del jefe, desesperado al oír los gritos del anciano, intentó clavarle una lanza al blanco, que por supuesto penetró con total facilidad entre los omóplatos. Después, el poblado entero huyó a la selva convencido de que toda clase de calamidades caería sobre él, mientras que, por otro lado, el vapor que Fresleven capitaneaba huyó presa del pánico, creo que gobernado por el maquinista. Nadie pareció preocuparse demasiado por los restos de Fresleven hasta que aparecí para cubrir su vacante. Sin embargo, no podía olvidarme de aquel asunto. Pero cuando por fin surgió la oportunidad de reunirme con mi predecesor, la hierba que crecía entre sus costillas era lo bastante alta como para tapar sus huesos. No faltaba ni uno. Nadie había tocado al ser sobrenatural después de su muerte. La aldea estaba desierta, las chozas oscuras miraban boquiabiertas, podridas y retorcidas, dentro de una empalizada que ya no se mantenía en pie. Sin duda la calamidad había caído sobre ella. Un terror desenfrenado había dispersado a hombres, mujeres y niños en medio del bosque y ninguno había regresado. Tampoco sé qué ocurrió con las gallinas. Imagino que la causa del progreso se hizo con ellas de alguna for-

ma. Sin embargo, debido a tan admirable asunto conseguí mi nombramiento antes incluso de empezar a tener esperanzas de obtenerlo.

»Me moví como un loco por todas partes para ocuparme de los preparativos y antes de que transcurriesen cuarenta y ocho horas cruzaba el canal de la Mancha para presentarme ante mis patronos y firmar el contrato. A las pocas horas llegué a una ciudad que siempre me hace pensar en un sepulcro blanqueado. Sin duda, será una cuestión de prejuicios. No me costó dar con las oficinas de la compañía. Se trataba de la empresa más importante de la ciudad y todo aquel con quien me encontraba no hacía más que decir tonterías. Iban a dirigir un imperio y a hacerse de oro con el comercio.

»Una calle estrecha y desierta, inmersa en las sombras, casas altas, innumerables ventanas con persianas venecianas, un silencio sepulcral, la hierba germinando entre las piedras, arcadas imposibles para carruajes a derecha y a izquierda, inmensas puertas dobles que permanecían pesadamente entreabiertas. Me colé por una de esas rendijas, subí una escalera limpia y sin adornos, árida como un desierto, y abrí la primera puerta a la que llegué. Dos mujeres, una gorda y la otra delgada, ocupaban unas sillas con asiento de paja y calcetaban lana negra. La delgada se levantó y caminó hacia mí sin dejar de calcetar, con la mirada baja, y solo se detuvo y me miró cuando

yo estaba a punto de apartarme de su camino como haría con cualquier sonámbulo. Su vestido era tan sencillo como una funda de paraguas. Se dio la vuelta sin abrir la boca y me precedió hasta una sala de espera. Le di mi nombre y observé la estancia. En el centro había una mesa de madera de pino, sillas discretas rodeando las paredes y un mapa grande y brillante en un extremo, marcado con todos los colores del arcoíris. Se apreciaba una gran cantidad de rojo, color que siempre resulta agradable de ver porque indica que allí se lleva a cabo mucho trabajo, una barbaridad de azul, un poco de verde, alguna mancha naranja y, en la costa este, una zona morada para indicar dónde los alegres pioneros del progreso beben la alegre cerveza rubia. Sin embargo, yo no me dirigía hacia ninguno de ellos. Me iba a adentrar en el amarillo[1]. En pleno centro. Y allí estaba el río, fascinante, letal como una serpiente. ¡Ay! Se abrió una puerta, asomó una cabeza canosa de secretario con expresión compasiva y un índice muy delgado me indicó que accediera al santuario. Se encontraba poco iluminado y un pesado escritorio ocupaba su centro. Desde detrás de esa estructura surgía una impresión de pálida gordura cubierta por una levita. Se trataba del gran hombre en persona. Me pareció que mediría un metro

[1] Los mapas británicos de finales del XIX solían colorear sus territorios en rojo, en azul los franceses, en verde los italianos, los portugueses en naranja, los alemanes en morado y los belgas en amarillo (Nota de la traductora).

con setenta centímetros y que manejaba esa cifra multiplicada por cinco, o más, en millones. Me estrechó la mano. Creo que murmuré algo y alabó mi francés. *Bon voyage*.

»En cuarenta y cinco segundos volví a encontrarme en la sala de espera con el secretario compasivo, quien, transmitiendo desconsuelo y comprensión, me indicó que firmase unos documentos. Creo que, entre otras cosas, me comprometí a no desvelar ningún secreto comercial. Y no pienso hacerlo.

»Empecé a sentirme ligeramente intranquilo. Ya sabéis que no estoy acostumbrado a esa clase de formalidades y en el ambiente había algo amenazador. Era como si me hubiesen hecho partícipe de alguna conspiración; no sé, algo no iba bien y me alegré de marcharme. En la habitación exterior las dos mujeres calcetaban lana negra a un ritmo febril. Llegaba más gente y la joven se desplazaba de un lado a otro para ocuparse de introducirlos a todos en la sala de espera. La mayor permanecía sentada. Apoyaba las zapatillas de tela y tacón bajo en un calientapiés y un gato reposaba en su regazo. En la cabeza llevaba una cofia blanca almidonada, tenía una verruga en una mejilla y unas gafas de montura plateada se agarraban a la punta de su nariz. Me miró por encima de las gafas. La velocidad e indiferente placidez de esa mirada me preocupó. Dos jóvenes de rostros joviales y necios se movían en ese momento por la estancia y les dedicó

la misma mirada de desinteresada sabiduría. Parecía saberlo todo acerca de ellos y también acerca de mí. Una sensación espeluznante me dominó. La mujer resultaba misteriosa y profética. A menudo, ya muy lejos de allí, pensé en aquellas dos que guardaban la puerta que llevaba a las Tinieblas mientras calceteban lana negra como si estuviesen haciendo un paño mortuorio que diese calor, una de ellas introduciendo sin descanso…, llevando a los demás a lo desconocido, y la otra examinando los rostros joviales y necios con sus ojos viejos e indiferentes. ¡*Ave*, vieja que calceta lana negra, *morituri te salutant*! La mayoría de aquellos a los que miraba no volvían a verla, muchos menos de la mitad.

»Quedaba por realizar una visita al médico. "Una simple formalidad", me aseguró el secretario con aire de participar intensamente en todas mis desdichas. Así pues, un hombre joven que llevaba el sombrero inclinado sobre la ceja izquierda, imagino que sería algún oficinista —tenía que haber oficinistas en la empresa, a pesar de que el silencio que dominaba aquel edificio era como el que dominaría una construcción de cualquier ciudad de los muertos—, llegó desde los pisos superiores y me acompañó. Iba desaliñado y descuidado, tenía manchas de tinta en las mangas de la chaqueta y el pañuelo que llevaba bajo una barbilla con la forma de un dedo que sobresale de la punta de una bota vieja era grande y le quedaba

holgado. Era temprano para el médico, así que propuse beber algo y él enseguida se mostró jovial. Ya sentados, mientras nos tomábamos un vermú, ensalzó los negocios de la compañía y yo acabé por expresar mi sorpresa debido a que él no se animase a marcharse hasta allí. Se mostró frío y sereno de repente. "No soy tan necio como parezco, dijo Platón a sus discípulos", afirmó en tono sentencioso, vació su vaso muy decidido y se puso de pie.

»El anciano doctor me tomó el pulso sin dejar de pensar en otra cosa. "Bien, esto está bien", murmuró y luego, con cierta avidez, me preguntó si le permitiría medir mi cabeza. Sorprendido, le dije que sí y él sacó algo parecido a un calibrador, tomó las dimensiones por delante, por detrás y en todos los sentidos y anotó los resultados. Se trataba de un hombrecillo sin afeitar, con una chaqueta raída parecida a una gabardina y los pies enfundados en zapatillas, por lo que lo tomé por un necio inofensivo.

»—Siempre pido permiso, en interés de la ciencia, para medir el cráneo de quienes se van allá lejos —me dijo.

»—¿También cuando vuelven? —pregunté.

»—Yo ya no los veo —contestó—. Además, los cambios tienen lugar en el interior. —Sonrió como si hubiese contado un chiste—. Así que usted se va allí. Magnífico. Interesante. —Me dedicó una mirada escrutadora y anotó algo más—. ¿Ha habido alguna clase de

locura en su familia? —preguntó como si tal cosa. A mí me molestó mucho.

»—¿Esa pregunta también la hace en interés de la ciencia?

»—A la ciencia le resultaría interesante —contestó sin hacer caso de mi enfado— observar los cambios mentales de los individuos sobre el terreno, pero…

»—¿Es usted un alienista? —interrumpí.

»—Todo médico debe serlo, al menos un poco —respondió aquel hombre extravagante, imperturbable—. Mantengo una teoría y creo que ustedes, los caballeros que van allí, deben ayudarme a demostrarla. Esta es mi participación en los beneficios que mi país se llevará por poseer tan magnífico dominio. La simple riqueza se la dejo a otros. Disculpe mis preguntas, pero usted es el primer inglés al que puedo observar.

Me apresuré a asegurarle que no era nada representativo.

»—Si lo fuera —dije—, no estaría hablando con usted de esta forma.

»—Lo que dice es muy profundo y probablemente erróneo —contestó riéndose—. Evite los enfados más que la exposición al sol. *Adieu*. ¿Cómo dicen los ingleses? Adiós. ¡Ah! Adiós, *adieu*. En los trópicos, lo más importante, más que cualquier otra cosa, es conservar la calma. —Alzó el índice en señal de advertencia—. *Du calme, du calme. Adieu*.

»Faltaba algo más por hacer: despedirme de mi admirable tía. La encontré de un humor triunfante. Me tomé un té —el último té decente en muchos días— y, en una estancia que tenía el relajante aspecto propio del salón de una dama, mantuvimos una conversación larga y tranquila junto a la chimenea. En el curso de dichas confidencias me quedó muy claro que había sido presentado a la esposa del alto dignatario, y sabe Dios a cuántas personas más, como una criatura excepcional y superdotada, una racha de buena suerte para la compañía, un hombre que no se consigue todos los días. ¡Santo cielo!, ¡e iba a hacerme cargo de un vapor insignificante con un flautín a modo de sirena! Sin embargo, al parecer, también era uno de esos Obreros con mayúscula, de los que habla Thomas Carlyle. Una especie de emisario de luz, algo parecido a un apóstol de clase inferior. Por entonces se habían publicado muchas sandeces de ese tipo y se hablaba de ellas en todas partes, de modo que la admirable dama, que vivía en medio del alboroto de todas esas patrañas, se dejó llevar y se entusiasmó. Habló de "quitarles sus horrorosas costumbres a esos millones de ignorantes" hasta que llegó un momento en el que me hizo sentir muy incómodo. Me atreví a insinuar que lo que la compañía buscaba era el beneficio económico.

»—Olvidas, querido Charlie, que el obrero es merecedor de su salario, como nos recuerda el Evangelio de san Lucas —me dijo alegremente.

»Es curioso lo desconectadas de la verdad que viven las mujeres. Habitan un mundo propio que nunca ha tenido igual y nunca lo tendrá. Es demasiado hermoso en general y si quisieran volverlo real se haría pedazos antes del primer ocaso. Alguna de esas condenadas verdades con las que los hombres hemos vivido satisfechos desde el día de la creación saldría a la luz y lo tumbaría todo.

»Después me abrazó, me dijo que usara franela, que no olvidara escribir a menudo y todo lo demás, y me marché. En la calle, no sé por qué, tuve la extraña sensación de que era un impostor. Resultaba raro que yo, acostumbrado a zarpar rumbo a cualquier lugar del mundo con solo veinticuatro horas de antelación y sin darle más importancia de la que los demás le dan a cruzar una calle, experimentase un momento…, no diré de duda, pero sí de vacilación alarmada ante un asunto tan común. La mejor manera de explicarlo es decir que, durante un segundo o dos, me sentí como si en lugar de ir al interior de un continente estuviese a punto de partir hacia el centro de la tierra.

»Zarpé en un vapor francés que se detuvo en todos los condenados puertos que tienen allí con el único propósito, al menos que yo supiese, de desembarcar soldados y oficiales de aduana. Me dediqué a observar la costa. Mirar una costa mientras se desliza junto al barco es como pensar en un enigma. La tienes ante ti, sonriente, enfadada, seductora, grandiosa, sórdida,

insípida o salvaje, pero siempre muda y con aspecto de estar a punto de susurrar: "Ven y descúbrelo". Esta casi no tenía rasgos, como si aún se estuviera desarrollando, y su aspecto era de monótona desolación. El borde de una selva colosal, de un verde tan oscuro que casi era negro, ribeteado de oleaje blanco, se extendía en línea recta a lo lejos, muy lejos, junto a un mar azul cuyo resplandor quedaba difuminado por una bruma que avanzaba lentamente. El sol resultaba abrasador y la tierra parecía relucir y chorrear vapor. Aquí y allá surgían pequeños puntos de un blanco grisáceo, apiñados tras las rompientes, tal vez con una bandera ondeando sobre ellos. Eran poblados con varios siglos de antigüedad que, aun así, semejaban cabezas de alfiler en la extensión virgen del fondo. Avanzábamos pesadamente, nos deteníamos, dejábamos soldados en tierra; continuábamos, dejábamos en tierra a los empleados de las aduanas para recaudar impuestos en lo que parecía una selva de mala muerte, con un cobertizo de hojalata y un mástil de bandera; desembarcábamos más soldados, supuestamente para que protegiesen a los aduaneros. Oí contar que algunos se ahogaban en medio del oleaje, pero nadie se mostraba demasiado preocupado porque fuera así o no. Los soltaban allí y continuábamos viaje. Todos los días la costa parecía la misma, como si no nos hubiésemos movido, pero pasamos por varios lugares —factorías comerciales— con nombres como Grand-Bassam y

Petit-Popo, nombres que aparentaban pertenecer a una sórdida farsa representada frente a un telón de fondo siniestro. La ociosidad propia del pasajero, el aislamiento entre aquellos hombres con los que no tenía un nexo de unión, el mar lánguido y untuoso y la uniforme lobreguez de la costa parecían mantenerme alejado de la verdad, atrapado en las redes de un engaño absurdo y lúgubre. La voz del oleaje, que se percibía de vez en cuando, se convertía en un auténtico placer, como las palabras de un hermano. Se trataba de algo natural que tenía una razón de ser, un significado. Aquí y allá, una barca procedente de la orilla provocaba un contacto momentáneo con la realidad. La manejaban hombres negros. Desde lejos se veía el brillo del blanco de sus ojos. Gritaban y cantaban, sus cuerpos chorreaban sudor, sus rostros eran como máscaras grotescas, pero tenían unos huesos, unos músculos, una vitalidad salvaje, una intensa energía de movimiento que resultaba tan natural y auténtica como el oleaje que rompía en sus costas. No necesitaban una disculpa para estar allí. Mirarlos producía consuelo. Durante un rato sentía que aún pertenecía a un mundo de hechos directos, pero esa sensación no duraba demasiado. Siempre surgía algo que la espantaba. Recuerdo que en una ocasión llegamos junto a un buque de guerra fondeado cerca de la costa. Allí no había ni un solo cobertizo, por lo que estaba bombardeando la selva. Al parecer los fran-

ceses mantenían una de sus largas guerras en los alrededores. Su enseña colgaba mustia, como un trapo; las bocas de los largos cañones de ocho pulgadas sobresalían del casco; el oleaje grasiento y viscoso lo balanceaba hacia arriba y luego hacia abajo, lentamente, haciendo oscilar sus ligeros mástiles. Allí estaba, en la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el mar, disparando contra un continente de forma inexplicable. ¡Pum!, exclamaba uno de los cañones, una pequeña llamarada salía disparada y se desvanecía, desaparecía un poco de humo blanco, un proyectil diminuto producía un débil chirrido y no ocurría nada. No podía ocurrir nada. En aquella forma de proceder se apreciaba una pizca de locura y, en el espectáculo, una sensación de payasada lúgubre que no se disiparon cuando alguien de a bordo me aseguró muy seriamente que, en algún lugar, oculto a la vista, había un campamento de nativos ¡a los que él llamaba enemigos!

»Le entregamos sus cartas (oí contar que los hombres a bordo de ese buque solitario morían de fiebre a razón de tres diarios) y continuamos. Nos detuvimos en más sitios de nombres grotescos en los que, en una atmósfera tranquila y terrosa como la de unas catacumbas recalentadas, persiste el alegre baile de la muerte y el comercio; seguimos la costa informe y bordeada de peligrosas rompientes, como si la propia naturaleza intentase repeler a los intrusos; entramos

y salimos de los ríos y afluentes de muerte en vida, cuyas riberas se descomponían y volvían barro, cuyas aguas, espesadas y convertidas en limo, invadían los contorsionados manglares que parecían retorcerse a nuestro paso empujados por la gravedad extrema de una desesperación impotente. En ningún sitio nos deteníamos lo suficiente como para recibir una impresión concreta, pero una sensación general de asombro agobiante e impreciso se fue apoderando de mí. Era como una agotadora peregrinación entre atisbos de pesadillas.

»Transcurrieron más de treinta días hasta que contemplé la desembocadura del enorme río. Fondeamos ante la sede del gobierno. Pero aún me faltaban unas doscientas millas para llegar a mi puesto de trabajo. De modo que, en cuanto pude, partí hacia un lugar que quedaba a treinta millas cauce arriba.

»Viajaba en un vapor de altura. Su capitán era sueco y, al saber que yo era marino, me invitó al puente. Se trataba de un hombre joven, delgado, rubio y taciturno, de cabello lacio, que caminaba arrastrando los pies. Cuando nos alejamos del miserable embarcadero, señaló hacia la orilla de forma despectiva con la cabeza.

»—¿Ha vivido ahí? —preguntó.

»—Sí —contesté.

»—Vaya grupo que forman los del gobierno, ¿no cree? —continuó, hablando inglés con gran precisión

y considerable rencor—. Es curioso lo que algunos son capaces de hacer por unos pocos francos al mes. Me pregunto qué será de esa gente cuando viaje al interior del país.

»Le dije que esperaba saberlo pronto.

»—¡Eso es! —exclamó. Arrastró los pies de través mientras mantenía la vista al frente, vigilante—. Pero no esté tan seguro —continuó—. El otro día llevé a un hombre que se colgó en el camino. También era sueco.

»—¿Se colgó? Pero ¿por qué, en nombre de Dios? —exclamé.

»Continuó vigilando.

»—¿Quién sabe? Puede que el sol lo superase o, tal vez, el país.

»Por fin llegamos. Ante nosotros surgió una ladera rocosa, varios montones de tierra revuelta junto a la orilla, algunas casas en la colina y otras, de tejado de hierro, entre los restos de las excavaciones o sobre el declive. El ruido permanente de los rápidos se cernía sobre aquel escenario de devastación habitada. Un montón de personas, la mayoría negras y desnudas, se movían de un lado a otro como hormigas. Un malecón se adentraba en el río. A veces, un sol cegador lo inundaba todo con el repentino recrudecimiento de su luz.

»—Ahí tiene el puesto de su compañía —dijo el sueco al tiempo que señalaba tres estructuras de madera que parecían barracones, situadas sobre la

ladera rocosa—. Haré que le envíen sus cosas. Eran cuatro cajas, ¿no? Bien. Adiós.

»Me topé con una gallina vieja que disfrutaba entre la hierba y luego encontré el camino que llevaba colina arriba. Se apartaba de los peñascos y de un vagón plataforma en miniatura que había volcado y permanecía con las ruedas al aire. Una se le había caído. Parecía tan muerto como el cadáver de un animal. Tropecé con más ejemplos de maquinaria deteriorada y un montón de raíles oxidados. A la izquierda, un grupo de árboles formaba un espacio sombreado en el que algo negro aparentaba moverse sin fuerzas. Pestañeé, la senda era empinada. A la derecha sonó una bocina y vi correr a los negros. Una detonación intensa y sorda estremeció el suelo, de la ladera salió una nube de humo y eso fue todo. En el exterior de la roca no se apreció cambio alguno. Estaban construyendo una línea férrea. La ladera no interrumpía en absoluto, pero esas voladuras sin sentido eran él único trabajo que se hacía.

»Un leve tintineo a mis espaldas me llevó a girar la cabeza. Seis negros avanzaban en hilera, esforzándose, senda arriba. Caminaban erguidos y despacio, balanceando en la cabeza unas pequeñas cestas repletas de tierra, y el tintineo seguía el ritmo de sus pasos. Alrededor del pubis llevaban enroscados unos harapos negros y los extremos se movían de un lado a otro como si fueran colas. Se les notaban todas las costillas y las articulaciones de las extremidades eran como nudos

en una cuerda, cada uno llevaba un collar de hierro al cuello y todos iban unidos por una cadena, cuyos eslabones se balanceaban entre ellos y tintineaban al compás. Otra explosión desde la ladera me hizo pensar de repente en aquel buque de guerra que había visto disparándole a un continente. Se trataba de la misma clase de voz amenazadora, pero resultaba imposible, por mucho que se ejercitara la imaginación, llamar enemigos a esos hombres. Los consideraban criminales y la ley atroz, al igual que el fuego de artillería, había llegado hasta ellos desde el otro extremo del mar como un misterio irresoluble. Sus pechos delgados jadeaban a la vez, los orificios nasales, muy dilatados, temblaban y los ojos miraban fijamente colina arriba. Pasaron a quince centímetros de mí sin mirarme, con esa indiferencia demacrada y completa de los salvajes infelices. Tras esa materia prima, uno de los redimidos —producto de las nuevas fuerzas al mando— avanzaba con aire abatido y portaba un rifle agarrado por la mitad. Llevaba una chaqueta de uniforme con un botón desabrochado y, al ver a un blanco en el camino, se llevó el arma al hombro con celeridad. Se trataba de simple prudencia: los blancos eran tan parecidos a lo lejos que no podía saber quién era yo. Enseguida se quedó tranquilo y, con una sonrisa grande, blanca y pícara, pareció asumir mi participación en su exaltada confianza. Al fin y al cabo, yo también formaba parte de la gran causa de ese proceder justo y elevado.